

Letras

CARTA COLECTIVA DEL EPISCOPADO ALEMÁN SOBRE LITERATURA ACTUAL.

Nota de la Redacción.- El día 6 de Noviembre de 1955 se leyó en todas las Iglesias Católicas de Alemania esta Pastoral Colectiva, en la que se denuncia una tendencia de los escritores católicos modernos a los aspectos sombríos y anormales. Recogemos el documento por su actualísimo carácter orientador. Muchos lectores venezolanos son víctimas de esta tendencia, denunciada sabiamente por los Obispos alemanes.

Desde el fin de la última guerra, que marcó también el término de la opresión espiritual que pesaba sobre nuestro país, nuestros poetas y nuestros escritores, así como sus editores, volvieron a encontrar la libertad. Si se considera el mercado del libro en estos últimos diez años, se comprueba que la cantidad de obras aparecidas en lengua alemana ha aumentado de forma extraordinaria, tanto por lo que respecta a obras de autores alemanes como a traducciones de obras extranjeras que hasta entonces nos estaban prohibidas.

Los escritores católicos ocupan un puesto de primer orden.

Contrariamente a lo que sucedió después de la primera guerra, se comprueba con gozo que los escritores católicos ocupan en esta producción, tanto desde el punto de vista cuantitativo como del cualitativo, un puesto de primer orden. La literatura católica no ha quedado aislada en sus propios círculos. Es leída por doquier, y, lo que es más importante, es igualmente publicada por editores no católicos, a veces incluso en forma de pequeños volúmenes de bolsillo baratísimos, cuya producción no es negocio sino cuando se hacen grandes tiradas.

Una literatura realista.

El centro de la literatura moderna es el hombre, su vida personal, sus relaciones con otros hombres, con su

ambiente y, sobre todo, con Dios. Alegra ver con qué fuerza y con qué emoción los escritores de hoy se ocupan de temas religiosos. Hemos de agradecerles que no nos proporcionen al tratar del hombre actual, de sus luchas, de sus victorias y de sus defectos, una imagen dulzona, sentimental, primitiva y, consiguientemente irreal, sino que, por el contrario, se esfuercen en pintarnos la realidad.

De ahí que en la selección de sus temas sean los escritores católicos atraídos principalmente por el aspecto negativo de esta realidad: el hombre y el pecado. Tales son los temas que surgen constantemente. Como decía el gran cardenal inglés Newmann, es contradictorio querer hacer literatura sin pecado con hombres pecadores; y nosotros no dejamos de reconocer que el hecho de llamar a las cosas por su nombre y de no ocultar la acción del diablo en el mundo sea muy apreciado, no solamente por la literatura, sino también por las actividades pastorales de nuestro tiempo. Esta literatura produce choques que pueden tener una eficacia extraordinariamente saludable.

Pero tenemos que referirnos a algunos aspectos de este tema. Pedimos que la representación realista de hombre en lucha con el demonio no contradiga ni oscurezca la ley moral impuesta por Dios, válida igualmente para los escritores y para los artistas. No es necesario producir en el lector la impresión de que el hombre está irremediabilmente sin esperanza, sujeto a los poderes de las tinieblas, con los que ha de luchar.

Puede ante todo resultar esa impresión falsa de cierta forma de hablar de la vida sexual, que constituye, como es sabido, un especial peligro. No puede admitirse que sobre este punto se habie pocas veces en forma satisfactoria de las posibilidades que tienen los cristianos para una vida pura con tal que trabajen por dominar sus instintos, ya sea dentro del matrimonio o de la virginidad, esforzándose por responder a la voluntad de Dios. Sucede, por el contrario, que se pintan abiertamente, sin miramientos y de forma lamentable, actos fisiológicos que el pudor natural reserva para la intimidad. Se abordan igualmente ciertas disposiciones y conductas anormales sin mostrar cómo es posible dominar un estado de cosas tan deplorable como nefasto. Nosotros no podemos admitir que la profunda piedad para el hombre pecador, que no

pocos de estos libros pueden despertar, se logre a costa de principios morales bien evidentes.

El Pecado.

Esto sería sembrar la confusión en los principios morales, presentar el caso del hombre en estado de pecado grave como una cosa inevitable y fuera del alcance del mismo, y, consiguientemente, de su libre voluntad. El sacerdote, considerando el pecado como una falta personal en la que muy a menudo interviene una pesada herencia de la que el pecador no es responsable, sabe también cuán necesaria es que quede muy claramente a salvo el campo de la libre responsabilidad. Es preciso, pues, guardarse de una falsa glorificación del pecado. Ciertamente que, en determinadas circunstancias, cuando se trata de un hombre extraordinario, el pecado puede conducir a la santidad, como en el caso de San Agustín. Pero no deja de ser pecado, y ha de ser borrado por una auténtica conversión y por la penitencia.

El suicidio.

Es igualmente grave que lectores que no tienen un juicio bien formado puedan tener la impresión de que los autores católicos presentan el suicidio como una solución para una vida aparentemente sin salida, en lo que concierne a la aplicación de la ley moral cristiana. No hay, en verdad, sobre la tierra autoridad alguna ni siquiera la Iglesia, que pueda decir si una decisión de tal especie, en sí condenable, impida o limite la gracia misericordiosa de Dios. Pero es preciso no dar la impresión de que con una confianza presuntuosa en la misericordia de Dios pueda existir para el hombre en el suicidio una posibilidad de escapar a una vida que se le ha hecho insoporrible y, sin embargo, continuar existiendo al lado de Dios.

La crítica de la burguesía.

Se puede criticar a una burguesía consciente de su honor, satisfecha de sí misma y preocupada solamente de las cosas materiales, una sociedad que cumpliendo puntualmente sus "deberes religiosos", no lleva una vida impregnada por la fe; y agradecemos a los autores católicos que hagan oír sus advertencias a este propósito. Sin embargo, estas críticas no deberían limitarse a pintar la decadencia moral consiguiente al aburguesamiento y ofre-

cer así una imagen unilateral de esos medios sociales. Nosotros esperamos más bien de nuestros escritores cristianos que ofrezcan diagnósticos sobre los medios malsanos y que muestren cómo el hombre puede esforzarse por remediar sus dificultades y superarlas.

La Iglesia.

Es confortador ver que en las tentativas hechas por la literatura para mostrar la superación de las dificultades de la vida sean puestas de relieve las fuentes de gracias con que Dios ha dotado a su Iglesia, en beneficio de los cristianos. Es indispensable que un escritor —por lo menos si quiere llamarse escritor católico— sienta un verdadero amor por la verdad y por la Iglesia. Sólo entonces puede estar en condiciones de hablar también de los aspectos humanos de la Iglesia y de sus ministros, guardándose en absoluto de faltar a la caridad y a la verdad.

En sacerdote en la novela.

La novela actual trae muy frecuentemente a escena a los sacerdotes. Se insiste con preferencia sobre las tentaciones a que están expuestos: el poder, los bienes materiales, la incredulidad, la sensualidad. Se busca mostrar el conflicto entre el aspecto sacerdotal y el aspecto puramente humano y se llega a situaciones que no corresponden a la realidad respecto del sacerdote que realiza sinceros esfuerzos en uno y en otro campo. Sucede así, a veces, que insistiendo sobre los aspectos humanos simpáticos de un sacerdote idealizado, se deja en sombra el papel que le caracteriza, el de intermediario entre Dios y los hombres. Frecuentemente se contrapone a este sacerdote simpático un miembro del alto clero, estúpido, duro o gozando tranquilamente de la vida. Nuestro deseo sería que los numerosos aspectos positivos de la vida del sacerdote encuentren en la literatura su verdadera representación.

El matrimonio.

Entre las fuentes de gracia de la Iglesia, la literatura católica moderna, por encima del bautismo y de la confesión, habla, sobre todo, del sacramento del matrimonio. Al lado de numerosas y bellas páginas, es preciso reconocer también en este tema una predilección por lo anormal e ilegítimo. Se concede un lugar importante

al conflicto entre la fidelidad a las promesas del matrimonio y el amor extraconyugal, al que se da a veces tal fuerza, que sobrepuja al miedo a la condenación eterna.

De forma general se comprueba que una importante parte de nuestra literatura católica siente tendencia a los aspectos sombríos de la vida humana. En esto está perfectamente de acuerdo con la literatura de hoy. En la medida en que puede verse en esto un diagnóstico saludable de nuestra época en oposición a una visión demasiado optimista; en la medida también en que esta literatura es expresión de una inquietud de conciencia, el hecho tiene un valor incontestable. No dudamos incluso en hablar hasta de la obligación de ofrecer tal diagnóstico. Así la libertad de nuestros escritores se siente al margen de prejuicios burgueses. Pero es exigible, desde el punto de vista de la fe y de la enseñanza moral católica, que las reglas de moral y de religión que Dios impone conserven todo su valor. Sería igualmente de desear que, por encima de ese diagnóstico, la literatura ayude al hombre en su lucha contra sus dificultades; que no tenga la falsa impresión de que entre la desnuda realidad de la vida y la ley moral tal cual está inscrita por la Iglesia exista un fatal e infranqueable abismo. Por consiguiente, sin recomendar una literatura devota e ilusoria, deseamos que nuestra literatura no se limite a ofrecer diagnósticos sobre nuestro tiempo,

sino que contribuya a remediar sus males.

La elección de lecturas.

Es necesario pedir a nuestros fieles que velen por la selección de lecturas que les sean provechosas, que les muevan al bien y les proporcionen efectivos alientos que hagan su cristianismo más vivo, más robusto y más puro. Que sepan, ante todo, muy bien que no todo libro conviene a todos y que es necesario especialmente preservar a los niños y a los jóvenes de influencias sospechosas y de un choque prematuro con una literatura que no es propia de su edad.

Los directores y auxiliares de nuestras bibliotecas católicas deben velar conscientemente por las características, según el círculo de lectores, de ciertos libros que no tienen por qué estar prohibidos a lectores maduros y bien formados desde el punto de vista moral y religioso, de suerte que estas bibliotecas —cuyo uso recomendamos cálidamente a los fieles— no constituyan peligro para nadie; antes bien, den a cada uno lo que le conviene.

Nosotros los obispos deseamos agradecer sinceramente a nuestros poetas y escritores católicos su gran contribución al servicio de la palabra, que, en su significación más profunda, conduce a Dios. Nos sentimos unidos a su trabajo en razón de nuestra misión divina, y pedimos su ayuda para las necesidades actuales de la Iglesia.

